



LAURA TRUJILLO LIÑÁN
JELENA BOBKINA
TATIANA BLANCO CORDÓN
COORDINADORAS

INCLUYE LIBRO ELECTRÓNICO
THOMSON REUTERS PROVIEW™



THOMSON REUTERS
ARANZADI

ISBN: 9788411243001

Capítulo 14. Imaginería y representación de las epidemias en Europa y Japón

Pilar Garcés García (Universidad de Valladolid)

Este artículo se enmarca dentro de la investigación llevada a cabo en el Proyecto I+D PGC2018-097694-B-I00: ARTE Y CULTURA DE JAPÓN EN ESPAÑA: DIFUSIÓN E INFLUENCIA. Entidad financiadora: Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

“...c'est la faute non pas de la peste ou du théâtre, mais de la vie”. (Arthaud, Antoine, *Le Théâtre et son doublé*, 1938).

I. Introducción

En plena pandemia de COVID-19, conviene leer o releer las historias que se han contado sobre enfermedades terribles que asolan, bien a una ciudad concreta o bien a toda la humanidad, para reflexionar sobre nuestra condición frágil. En pleno siglo XXI, con avances tecnológicos y médicos como nunca antes se había visto, la humanidad al completo está a merced de un virus que parece divertirse mucho atacándonos sin piedad. Una de las enfermedades epidémicas más nombradas en la literatura europea es la peste, esa enfermedad que transmite el bacilo *Yersinia Pestis*, generalmente asociado a las ratas y transmitido al hombre a través de las pulgas, altamente contagiosa y que hasta el siglo XX, con los antibióticos, no tenía cura. Antes del remedio médico, se elevaban rogativas a San Roque, protector contra la peste, o se llevaban a cabo purgas y sangrías, que generalmente eran contraproducentes, o ya en el siglo XVI se aislaba a los enfermos para limitar la propagación de la enfermedad en todas sus variantes: peste bubónica, peste septicémica o peste pulmonar, hasta que el siglo XX dio con el remedio al descubrir los antibióticos. Pero aun con este avance científico, las enfermedades contagiosas han seguido asolando a la humanidad.

La peste negra supuso para Europa un golpe tremendo, que trajo consigo cambios culturales, económicos y sociales, sin embargo, no llegó a Japón, lo que hace que este país presente unas características muy concretas que lo diferencian del resto del mundo. El país del sol naciente sufrió otras epidemias como la viruela, el sarampión y, sobre todo, en el siglo XIX, el cólera, por lo que también aparecen en el arte y la literatura japonesa la representación del dolor, la muerte y la impotencia, pero con consecuencias sociales diferentes a Europa, donde la peste negra desencadenó cambios cruciales en su estructura económica, social y cultural.

Basándonos en el concepto de la metáfora de la enfermedad de Susan Sontag y del concepto del miedo de Jean Delumeau, vamos a analizar de qué manera se relacionan los europeos con la pandemia y cómo la representan comparándola con la forma en la que los japoneses se enfrentan con esta realidad y cómo la hacen visible a través del arte y la literatura.

II. Las metáforas de la enfermedad

Susan Sontag, en *La enfermedad y sus metáforas* (2003), profundiza en la manera en la que los seres humanos nos enfrentamos con la enfermedad acudiendo a metáforas de todo tipo para superar el miedo y la impotencia que nos produce enfrentarnos a situaciones trágicas incontrolables que nos abocan a la muerte. En ocasiones, como en el caso de una epidemia tan mortífera como la peste, acudimos al concepto de epidemia como castigo de las divinidades o del Dios cristiano, y así tenemos relatos antiquísimos como el que nos relata la Biblia, en el que cualquier enfermedad incurable se transformaba en un castigo de Dios por los pecados cometidos por los hombres.

En el principio de los tiempos, el Antiguo Testamento nos presenta la peste como un castigo divino, que curiosamente es el elegido por el rey David cuando Dios le da a escoger entre tres terribles correctivos: siete años de hambre, tres meses de huida ante sus enemigos o tres días de pestilencia. Suponemos que la elección la hizo basándose en la duración del castigo, pero en tan solo tres días, la enfermedad diezmo la población de Israel (II Samuel, 24 Nueva Traducción Viviente). La enfermedad contagiosa es el castigo que envía Dios a su pueblo para castigarlo por sus desmanes y, así, la enfermedad solo puede ser derrotada por Dios, apareciendo y desapareciendo a voluntad de ese Dios que juzga y castiga.

La presencia real de la peste es descrita con anterioridad por Tucídides (460/455-399/398 a.C.), historiador ateniense víctima de esa enfermedad que asoló la ciudad de Atenas al comienzo de la segunda guerra contra Esparta. En su obra *Historia de la Guerra del Peloponeso* (431-411 a.C.), el autor describe objetivamente los estragos que provoca la enfermedad y nos dice que lo hace de esta manera tan minuciosa para que la humanidad, en un futuro, aprenda a reconocer la enfermedad y combatirla cuanto antes. El historiador no achaca la enfermedad a una treta de los espartanos, creencia que corría como la pólvora entre los atribulados atenienses que, apostados tras las recién construidas murallas en Atenas por orden de Pericles, se contagiaban a gran velocidad, sino a su posible propagación desde el puerto del Pireo proveniente desde Etiopía. La intención protectora de Pericles, intentando proteger a la población ateniense de un ataque espartano tras las murallas de Atenas, hizo que la población se hacinara en un espacio más reducido, lo que favoreció la propagación de la enfermedad. El propio Pericles falleció víctima de la peste. Este mismo episodio sirve de inspiración al dramaturgo griego, Sófocles (496-406 a.C.), que en su obra *Edipo Rey* (430 a.C.) tiene como escenario a una Tebas devastada por la epidemia. En este caso la enfermedad se achaca a la venganza de los dioses del Olimpo. Pero la peste en esta obra es algo más que un castigo de las divinidades muestra también la imposibilidad del hombre de evitar su destino. Edipo cae en la cuenta de que ha matado a su padre y se ha casado con su madre, y el reconocimiento de estos actos execrables hace que se exilie arrancándose los ojos y, de esa forma, libra a Tebas de la peste, cumpliendo con su destino al recibir el castigo.

La siguiente descripción que tenemos de enfermedades contagiosas ya no se circunscribe a una ciudad concreta, sino que afecta a parte del continente europeo. Procopio de Cesárea (c. 500 - c. 560) nos cuenta que, en el reinado de Justiniano, en el siglo V, Bizancio fue asolada en el año 540 por la peste bubónica, y sus estragos se expandieron por toda Europa meridional, ya que el historiador francés Grégoire de Tours (538-594) nos cuenta en su *Historia Francorum*, que en el año 590 la peste devastaba las poblaciones del sur de la Galia.

Japón no se libra de enfermedades altamente contagiosas. La primera epidemia registrada en Japón fue en el siglo VIII. La viruela que comenzó en 735 devastó el país y mató probablemente a alrededor de un tercio de la población total. Posteriormente, se registraron veintiocho epidemias de viruela hasta 1206. En el período *Tokugawa* (1603-1868), también conocido como período Edo, es lo que se conoce como la época moderna temprana en Japón, la viruela estaba firmemente asentada como una enfermedad endémica. A mayores sabemos que alrededor del noventa y cinco por ciento de las muertes por viruela fueron niños menores de diez años. Esto hace que la enfermedad se imputara a un demonio que infectaba a los niños. En este caso, no se trata de una enfermedad de origen divino con el que se castiga a la sociedad, sino una treta de la naturaleza que intenta buscar un equilibrio en la sociedad. Este perfil epidemiológico de la viruela en el Japón moderno temprano tuvo una importante consecuencia social. Dado que las víctimas eran casi exclusivamente niños, la gestión de la viruela se convirtió en un asunto de cada hogar o cada pequeña aldea. Los libros de consejos médicos publicados durante el período Edo a menudo incluían cómo proteger a un niño de la viruela maligna. Del mismo modo, el sufrimiento y la recuperación de la viruela se convirtieron en una parte importante del ritual que celebra el crecimiento de un hijo. El ritual se denominaba *sasayu* y se convirtió en una ocasión importante para organizar una fiesta familiar, invitando a amigos y parientes. (Suzuki, 2011).

III. La peste Negra y su repercusión en Europa

La Peste Negra llega a Europa en diversas oleadas entre 1347 y 1352 y diezma a la población, ya que murieron entre el 30 y el 50% de los habitantes del continente europeo. La peste entra por el puerto de Marsella proveniente del mundo árabe y encuentra su principal obstáculo para seguir expandiéndose en el Atlántico, aunque consiguió llegar hasta Irlanda y Escocia, y por el este llegó hasta la estepa rusa. Muchos son los escritores de la época que se hicieron eco de esta terrible pandemia que asoló Europa en un momento en el que no se conocían remedios eficaces ni se sabía cómo tratarla, pero que afectaba a todas las clases sociales por igual. La representación de la peste en el arte es un tema recurrente en todas las épocas y estilos artísticos, que va desde pinturas anónimas y miniaturas como “Enterrando a las víctimas de la peste de Tournai”, anónimo, 1349 o “Triunfo de la muerte”, Miniatura, anónimo, siglo XV hasta obras de reconocidos artistas de todas las épocas y diferentes países europeos, como “El triunfo de la muerte”, de Pieter Bruegel, 1560, “La plaza del mercado de Nápoles durante la peste” 1656 de Doménico Gargiulo, “La peste de Marsella”, 1720, de Michel Serre, “La Peste de Tebas”, 1840 de Charles François Jalabert, “La Peste en Roma”, 1869 de Jules Elie Dalaunay, o “La peste” 1898 de Arnold Böcklin, entre otras muchas obras (León Vegas, 2010).

En cuanto a la narración escrita, uno de los testimonios históricos más detallados, nos lo procura Giovanni Villani (1276-1348), escritor florentino que murió a causa de la peste y que describió cómo la enfermedad asoló Florencia llevándose a un número importante de personas. Esta vez el castigo se achacaba a la ira de Dios, pero también al paso del cometa entre Virgo y Libra que anunciaba la destrucción del ser humano. No obstante, quizás la obra más conocida sobre este tema es la obra literaria *El Decamerón* (1353), ambientada en la Florencia de 1348 en la que Boccaccio nos relata la historia de siete mujeres y tres hombres pertenecientes a la burguesía florentina que escapan al campo huyendo de la peste, y se

entretienen contando historias de todo tipo que pretenden alejar el miedo que sienten los protagonistas ante la muerte. El relato de Boccaccio describe la impotencia del hombre ante el dolor y el sufrimiento prolongado.

Y no valiendo contra ella ningún saber ni providencia humana (como la limpieza de la ciudad de muchas inmundicias ordenada por los encargados de ello y la prohibición de entrar en ella a todos los enfermos y los muchos consejos dados para conservar la salubridad) ni valiendo tampoco las humildes súplicas dirigidas a Dios por las personas devotas no una vez sino muchas ordenadas en procesiones o de otras maneras, casi al principio de la primavera del año antes dicho empezó horriblemente y en asombrosa manera a mostrar sus dolorosos efectos. Y no era como en Oriente, donde a quien salía sangre de la nariz le era manifiesto signo de muerte inevitable, sino que en su comienzo nacían a los varones y a las hembras semejantemente en las ingles o bajo las axilas, ciertas hinchazones que algunas crecían hasta el tamaño de una manzana y otras de un huevo, y algunas más y algunas menos, que eran llamadas bubas por el pueblo. Y así como la buba había sido y seguía siendo indicio certísimo de muerte futura, lo mismo eran éstas a quienes les sobrevenían. Y para curar tal enfermedad no parecía que valiese ni aprovechase consejo de médico o virtud de medicina alguna. (Boccaccio, 1353, pp. 50-51).

En general encontramos historias y crónicas que ocurren en un lugar geográfico concreto y nos ayudan a comprender la política, las estructuras socioeconómicas y las relaciones personales de ese lugar en esa época. Desde los tiempos más remotos hasta el presente, las epidemias han afectado la historia de la humanidad de múltiples formas: demográfica, cultural, política, financiera y biológicamente, ya que suponen cambios drásticos que nos plantean interrogantes metafísicos que somos incapaces de resolver. Las primeras epidemias de peste plantearon preguntas sobre las relaciones del ser humano con Dios o las relaciones del hombre con el cosmos o la incapacidad de la humanidad para afrontar un período largo de sufrimiento que no puede combatirse. En la Edad Media la Peste Negra se llevó por delante una gran parte de la población en Europa. Las cifras que se barajan son espeluznantes, ya que se habla de que de 80 millones de europeos pasaron a 30 millones entre 1347 y 1353. Algunos historiadores sostienen que la mortandad provocada por la peste pudo haber acelerado el arranque del Renacimiento y el inicio de la “modernización” de Europa, ya que los campesinos pudieron acceder a tierras de los que habían muerto y los trabajadores estaban mejor pagados porque escaseaban. Si bien es cierto que la peste no se erradica hasta el siglo XX, incluso se han notificado algunos casos de peste en 2017, no es hasta el siglo XIX cuando aparece otro tipo de pandemia.

Pero la Peste Negra sigue siendo un elemento importante de obras de autores conocidos, ora como tema principal, ora como escenario en el que se enmarca una historia. Así el autor francés Marcel Schwob (1867-1905) en *Le roi au masque d'or* (1892), describe los estragos de la peste en la Florencia de 1374 con un realismo impactante cuando describe los cuerpos desfigurados de los infectados. También el poeta Francesco Petrarca (1301-1374) se ve perjudicado por la peste de una manera brutal, ya que su amada Laura muere en Aviñón en 1348 víctima de la peste. Petrarca le confía a Boccaccio en sus epístolas que no tiene fe en

los médicos, pues están absolutamente desconcertados con la rapidez con la que se contagia la enfermedad y no saben cómo frenarla.

En Inglaterra, el famoso libro *Piers Plowman* (1360-1386), poema alegórico de más de siete mil versos compuesto por el enigmático William Langland (1330-1386) denuncia las condiciones de explotación en las que vivían los campesinos en esta época con la peste como telón de fondo. En esta obra el autor describe anécdotas relacionadas con el contexto, y es interesante comprobar cómo, al igual que Petrarca, muestra una enorme desconfianza hacia los médicos. Igualmente atribuye a la epidemia la desorganización del trabajo agrícola y de la sociedad en general.

Durante el Renacimiento también hubo un brote de peste en Florencia en 1527, tal y como nos lo narra Nicolás Maquiavelo (1469-1527) en un original relato, *Descrizione della peste di Firenze dell'anno 1527*, en el que destaca la postura irónica y escéptica del narrador que pasea por una ciudad plagada de moribundos y que es capaz de sentir y describir la belleza a pesar de las escenas de muerte a su alrededor.

El norte de Italia también se vio asolado en los años 1621 y 1630 por focos de peste tal y como nos lo cuenta Alessandro Manzoni (1785-1873) en *I Promessi Sposi* (1821), ambientada en Lombardía en una época en la que esta región estaba gobernada por los españoles. Los jóvenes sufren una serie de aventuras al tener que separarse hasta que se reencuentran en Milán en medio del brote de peste.

Londres tampoco se libra de la peste entre 1665 y 1666, y gracias al gran incendio que se produjo este mismo año, el fuego acabó con barrios insalubres que podrían haber favorecido la expansión de la peste. Testigo de este brote fue Samuel Pepys (1633-1703), miembro del Parlamento británico que redactó un diario que describía con todo detalle los acontecimientos del momento entre 1660-1669. Daniel Defoe (1660-1731) en *A Journal of the Plague Year* (1722), utiliza la ficción autobiográfica para describir el día a día de una joven enferma de peste y los desvelos y desesperación de la madre por salvar a su hija.

Precisamente, la humanidad, cuando tiene que enfrentarse al contagio, actúa como cobarde o como héroe, no hay término medio. Delumeau en *El Miedo en Occidente*, realiza un estudio profundo sobre el diálogo que establece Occidente con el miedo y nos habla de cómo entre los religiosos y médicos, había prototipos de cobardes y de héroes, no podía haber un punto medio, porque el tiempo de reacción era corto y había que actuar movido por la caridad y el pundonor o la cobardía egoísta (2012, 168).

Como vemos la marca indeleble que dejó la peste negra a su paso se sintió en Europa durante siglos y fue una de las causas del cambio que experimenta Europa al pasar de un sistema feudal dominado por señores y por la iglesia a un estado moderno en el que se desconfía de Dios y de una iglesia que no ha sabido proteger a los hombres de la enfermedad, y un período en el que el hombre es el centro de la creación. Los estados empiezan a asumir la responsabilidad de la lucha contra la peste, lo que les confiere más poder y el sistema económico en el que se basaba el feudalismo se descompone porque la disminución de la

población, sobre todo campesina, forzó el cambio de una sociedad feudal a un estado moderno, ya que los campesinos se rebelan y exigen mejores condiciones porque tienen movilidad como lo demuestra la rebelión de los campesinos en Inglaterra en 1381.

Por otra parte, se producen avances médicos para tratar la enfermedad. Hay mejores condiciones higiénicas: la protección sanitaria del médico o curandero, y la cuarentena, del italiano *quaranta*. En Venecia –una ciudad en medio de una laguna– se designaron islas a las que se llevaba a los convalecientes y donde debían permanecer todos los extranjeros llegados por barco durante 40 días, la cuarentena. Los barcos que estaban libres de enfermedad ondeaban bandera amarilla, que aún hoy designa la letra *q*. También se establecieron redes de informadores, se produjeron los primeros cierres de fronteras y cordones sanitarios y se impuso la obligación de que los viajeros entrasen por puestos de control donde hacían cuarentena, se los fumigaba y se los cubría de vinagre. También se crearon comisiones de sanidad pública formadas por superintendentes que venían a controlar la carne, el pescado, los crustáceos, la fruta, el grano, el vino, el agua, la construcción de hospitales, cementerios, lazaretos, funerales, medicinas, a los médicos, pobres, viajeros y a las prostitutas. En resumen, se puso en marcha todo un dispositivo que controlaba el estado.

Lo más curioso del descubrimiento del causante de la peste es que fue un investigador japonés, Kitasato Shibasaburo, el que identificó el bacilo *Yersinia pestis* 546 años después de su llegada a Europa, y lo descubrió independiente pero simultáneamente al científico suizo, Alexandre Yersin, en 1894, aunque el bacilo tomó el nombre del investigador suizo.

IV. Las epidemias de sarampión, *hashika* 麻疹, y viruela, *hōsō* 疱瘡 en Japón

Hoy en día nadie cuestiona que la peste negra europea fue la consecuencia de la globalización, ya que el bacilo que produce esta enfermedad vino de China pasando por India, Persia, Arabia, Egipto y llegando a Europa con los comerciantes que iban por la ruta de la seda. A finales del siglo XIII, Japón resistió con éxito, casi milagrosamente, dos intentos de invasión a gran escala de los poderosos mongoles, que habían conquistado gran parte del mundo conocido desde Corea hasta Hungría. Los japoneses se vieron favorecidos por tormentas fortuitas que destruyeron las flotas mongolas que se conocieron como *kamikaze* 神風 (vientos divinos), incrustando en la psique nacional la idea de que Japón estaba siendo protegido por los dioses mismos, una noción de indestructibilidad que finalmente tendría consecuencias desastrosas en los últimos días de la Segunda Guerra Mundial. Esto evitó que la Peste Negra llegara a Japón en la época feudal y evitó también las consecuencias económicas, sociales y culturales por las que atravesó Europa. De hecho, la palabra peste no entra en el vocabulario japonés hasta 1720 a través del holandés: ペスト.

Japón es un país que perpetuó su estructura feudal hasta la época *Meiji* (1868 – 1912), porque era un país que se mantenía aislado del mundo. Esta circunstancia salvó al país de la Peste Negra, pero desde un punto de vista socioeconómico y político, también influyó para que Japón se quedara instaurado en un sistema feudal de *shogunatos* y *daimios* que se

repartían el poder en diferentes zonas del país. Como ya hemos mencionado, si bien la peste se mantuvo a raya en Japón, la viruela causó gran mortandad en el país, pero a diferencia de Europa, donde los estados asumían el control de la enfermedad y, por ende, cada vez era mayor su autoridad, en Japón la lucha contra la epidemia se dejó en manos de las aldeas y las familias. Un perfil característico de la epidemiología de la viruela del siglo XVII fue la fragmentación espacial de la difusión. Mientras que en el período antiguo una epidemia de viruela cubrió todo el país en una sola ola, durante el período *Tokugawa* la enfermedad perdió su cobertura nacional. La viruela se volvió espacialmente limitada en su difusión, dejando de ser un evento para el estado bajo el *shogunato* o el dominio de los *daimios*. En cambio, se convirtió en un asunto de las aldeas locales. Los mapas de difusión de los siglos XVIII y XIX muestran patrones en forma de mosaico de asentamientos afectados y asentamientos no afectados en cada brote. En tal situación, había pocas razones para que el estado pensara que controlar la viruela era asunto suyo. Este mayor control por parte de las ciudades y familias fomentaba un sistema feudal en el que las aldeas y sobre todo, las familias, eran las que organizaban la vida cotidiana.

Al igual que en Europa, los japoneses tenían sus propios “san roques” a quien orar para que los protegiera de la enfermedad, pero había una diferencia fundamental: la epidemia no se consideraba un castigo divino. Los japoneses no pensaban en términos de virus e inmunidad colectiva cuando se trataba de epidemias, sino que esa enfermedad estaba gobernada por deidades, *kami*, y budas, *shinbutsu*. La gente creía que la deidad de la viruela, *hōsōgami*, podía prevenir o causar la enfermedad. El *hōsōgami* estaba complacido con el color rojo, por lo que la gente colocó su imagen impresa en rojo en sus casas junto con imágenes de muñecos *Daruma*, búhos, ciertos guerreros samuráis, etc., y todo lo que se asociaba con la prevención de la viruela. De manera más general, la gente creía que una “deidad epidémica” genérica, o *ekishin*, tenía el poder de controlar otras aflicciones generalizadas. Pero no se consideraban un castigo, era simplemente la manera en la que la naturaleza conseguía su equilibrio. De hecho, circulaban historias sobre personas protegidas de la enfermedad por langostas que un granjero se había negado a matar durante una gran infestación por insectos, y sobre amuletos creados por sacerdotes budistas que se consideraban eficaces contra la enfermedad. Lo que podía salvar a un japonés de la enfermedad era su buen comportamiento con la naturaleza. Los rastros de estas narrativas hoy en día son inusuales, pero la deidad epidémica, *ekishin*, del pasado ha reaparecido a la sombra de COVID-19. La deidad, más exactamente llamada *yōkai* o ser sobrenatural, apodada *amabie*, fue registrada por primera vez en 1846 como aparecida en el océano frente a la isla de Kyushu. Según queda documentado, la deidad le dijo al funcionario enviado para investigar quién era esa extraña criatura de pelo largo y cuerpo de búho, que habría seis años de abundantes cosechas, pero también epidemias, y que su imagen debería ser representada en las puertas de las casas, para evitar la propagación de la enfermedad. Durante el siglo XX, los artistas de manga, incluido Mizuki Shigeru, dibujaron sus propias versiones. El *amabie* ha vuelto a aparecer, esta vez asociado con la prevención de la propagación del COVID-19. Las imágenes más antiguas de *amabie* se pueden ver en la Biblioteca de Kioto y la versión moderna publicada por el Ministerio de Salud, Trabajo y Bienestar de Japón en su página web.

V. Epidemias globales a partir del siglo XIX: el cólera en Europa y Japón

Ya en el siglo XIX pasamos a otro tipo de enfermedad contagiosa que también produce numerosas muertes: el cólera. Las epidemias de cólera traspasan las fronteras de los países asiáticos y llegan, por las rutas comerciales a través de Rusia, a Oriente Medio para extenderse a toda Europa y a América. Desde 1817, siete pandemias de cólera han asolado el mundo y la última de ellas, iniciada en 1961, todavía permanece activa. De hecho en octubre de 2010, a consecuencia del terrible terremoto que asoló Haití, 1500 personas murieron de cólera y 23.000 fueron contaminadas. La segunda epidemia de cólera partió de la India hacia 1826 y dejó su huella más mortífera en Moscú, Berlín, y las Islas Británicas. Llegó a Francia en 1831 donde hizo muchos estragos, matando a alrededor de 100.000 personas, entre las que figuraba el que fue rey de Francia entre 1824 y 1830: Carlos X (1757-1836). El poeta francés François-René de Chateaubriand (1768-1848) rememora los acontecimientos históricos del paso del cólera por Francia en 1831-1832 en *Mémoires d'outre-tombe* (1809-1841). También Jens Peter Jacobsen (1847-1885), escritor danés, utiliza la descripción de una epidemia imaginaria para hablar sobre la reacción del ser humano ante una enfermedad terrible, que se da a todos los vicios imaginables hasta que un predicador habla de lo erróneo de su conducta y de que la vuelta a Dios es la única salvación.

En 1830, el cólera extiende su ola de muerte por Rusia y el escritor Aleksandr Pushkin (1799-1837) se aísla en su casa de campo en Boldino. Inspirándose en el tema de actualidad, escribe *Banquete en tiempos de peste* (1830), una tragedia en la que un grupo de amigos cuentan historias sobre la muerte, evocando la obra de Boccaccio.

Un escritor alemán que dio testimonio del cólera en París es Heinrich Heine (1797-1856). En estos años, se encontraba en la capital francesa dónde ejercía de corresponsal para la prensa de su país. Heine aprovecha la epidemia del cólera durante sus estancias en París para exponer su visión política y para revelarlas fisuras de la sociedad francesa. En tiempos de enfermedad los ricos huyen a sus casas de campo rodeados de médicos y los pobres no tienen más remedio que refugiarse bajo el cielo de la noche.

El cólera es el punto de partida de la novela *The Secret Garden* (1911) que la escritora inglesa Frances Hodgson Burnett (1849-1924) utiliza para describir la vida de una niña cuyos padres mueren de cólera en la India y se va a Inglaterra a vivir a casa de su tío. El cólera es tan solo un trasfondo que sirve de excusa para tratar el tema de la muerte desde la perspectiva de una niña.

Den Indiske Cholera (1835) es una novela noruega de Henrik Wergeland (1808-1845). Este escritor se inspira en la epidemia de cólera que asoló los países nórdicos en los años 1830, para denunciar, a través de esta obra de teatro, el colonialismo británico, al que acusa de propagar el cólera por querer mantener todos sus dominios y establecer relaciones imperialistas con las colonias.

Las epidemias de cólera expusieron cómo la revolución industrial favoreció el contagio por las condiciones en las que vivían los trabajadores y los pobres, ya que vivían hacinados en barrios donde la propagación de esta enfermedad aguda, diarreica, provocada por la bacteria *Vibrio cholera*, se cebaba con la gente trabajadora de las ciudades.

Otros autores del siglo XIX y XX describen cómo la peste vuelve a atacar y deja consternada a la población que sigue sin saber cómo enfrentarse al mal que los asola y tan solo se le ocurre solicitar rogativas en las iglesias, tal y como nos describe José María Blanco White (1775-1841) la situación de Sevilla en 1801 en sus *Cartas desde España*. Albert Camus (1913-1960) en 1947 escribe *La Peste*, un libro que sitúa la enfermedad en la ciudad de Orán, que se aísla del mundo siguiendo con su vida en el interior aplicando un suero que a veces funciona, y a veces no, y viendo cómo la enfermedad desaparece de la misma manera subrepticia que llegó.

En Japón el cólera atacó con fuerza a una población completamente expuesta a este tipo nuevo de virus. Causó una gran conmoción en el país porque acababa de abrirse al exterior. En la época *Meiji* (1868-1912) Japón comienza un periodo de modernización del país y permite la entrada de extranjeros en las islas. El país estaba decidido a dejar atrás una época de corte feudal y adoptar un sistema más moderno acorde con los tiempos. Esto provocó que la enfermedad del cólera, que estaba atacando en diferentes oleadas a Europa y América, entrara en Japón. De esta enfermedad encontramos una crónica con imágenes tristemente familiares para nosotros en la era COVID, en la que se representa a mercaderes japoneses transportando los cuerpos de los muertos en contenedores de mercancías, ya que no se encontraban suficientes ataúdes. Podemos encontrar una descripción muy detallada de esta pandemia en la *Crónica de la Pandemia de Cólera* (*Kororiryūkōki* 簡勞痢流行記) 1858 que se encuentra en el Instituto Nacional de Literatura Japonesa.

El cólera era endémico en el delta del Ganges, pero cuando Gran Bretaña controló la India y el comercio se extendió por toda Asia a principios del siglo XIX, la enfermedad se extendió por todo el mundo. La diarrea severa y los vómitos que causó provocaron la muerte por deshidratación. El cólera llegó a Japón en 1822 y se cree que viajó desde China a través de las islas Ryūkyū hasta *Kyūshū*. Luego cruzó a *Honshū*, matando a un gran número de personas en el oeste de Japón, pero no pudo llegar hasta Edo (el actual Tokio).

No fue hasta 1858 que Edo, en ese momento una de las ciudades más grandes del mundo, con una población de más de 1 millón, enfrentó un brote de cólera. Se dice que fue transmitido por miembros de la tripulación del USS Mississippi, parte de la flota de la Armada de Estados Unidos del comodoro Matthew Perry, durante una escala en Nagasaki después de un viaje por China. Este fue el año en que Japón se vio obligado a firmar cinco tratados desiguales, incluido el Tratado de Amistad y Comercio con los Estados Unidos, que provocó un aumento de la ansiedad entre la población después de más de dos siglos de relaciones exteriores limitadas. Uno puede imaginar el pánico causado por la propagación del cólera en este momento. De hecho, en Japón el cólera se conocía como “el zorro americano” que traía la destrucción.

El cólera se conocía con diferentes nombres en todo el país. En japonés ahora se llama *korera*, pero en el siglo XIX era comúnmente conocida como *korori*, que también significa “morir repentinamente”. También había una variedad de formas de escribir la palabra en *kanji*, con una versión, 狐狼狸, alineando caracteres para zorros, lobos y *tanuki* (perros mapaches); el primero y el tercero se conocen en Japón como embaucadores. Otro nombre, 虎狼痢, enfatizó la ferocidad con *kanjis* que hacen referencia a tigres, lobos y a la diarrea. Esto fue utilizado por Ogata Kōan, un médico muy conocido, en el título de su manual de tratamiento contra la enfermedad publicado en 1858.

En los registros contemporáneos, las muertes en Edo registraron entre 100.000 y 300.000, y se cree que el artista de *ukiyo-e*, Utagawa Hiroshige, estuvo entre las víctimas. Los barcos costeros que eran la principal forma de transporte de mercancías en ese momento también llevaron el cólera a las ciudades portuarias de Tōhoku y otras partes del país. Como las muertes de Edo ocurrieron principalmente en 1858, está asociado con ese año, pero en algunas áreas murieron más personas al año siguiente. El tercer brote importante de cólera en Japón se produjo en 1862. Si bien se cree que causó la mayor cantidad de muertes de los tres, el brote de 1858 es más conocido porque afectó a Edo con mayor severidad, donde fue documentado por muchos estudiosos, escritores y artistas.

Como hemos visto las epidemias marcan la sociedad de diferentes países y épocas y su representación en un tema muy recurrente en el arte y la literatura. Una comparación interesante en arte es la representación de la peste de Arnold Böcklin en 1898 y la representación del cólera en el grabado de madera japonés *Korerataiji* de 1886. Böcklin representa a la peste con la muerte con harapos cabalgando sobre un enorme dragón que destruye todo a su paso sembrando pavor entre la población. El grabado en madera multicolor *nishiki-e* representa el cólera con la cabeza y las patas delanteras de un tigre, el torso y las patas traseras de un lobo y los testículos legendariamente grandes del *tanuki*, para crear una nueva y aterradora bestia.

VI. Conclusiones

Todo esto se quedó grabado en la mente de los seres humanos que intentan enfrentarse al dolor, a veces con actos heroicos, otras huyendo con cobardía, y otras intentado reírse de la muerte, pero nada los salva de tener que enfrentarse al final de la vida intentado poner remedio. (Delumeau, 2012). Si bien las plegarias al Dios cristiano y las ofrendas de los monjes budistas no parecían producir efecto alguno, la pandemia consiguió una mejora en la higiene y la puesta en marcha de mecanismos que, incluso hoy en día, hemos utilizado contra el COVID como la protección, la buena ventilación y el aislamiento. Una mención aparte merece también el tratamiento que se usaba en Europa durante la peste y en Japón contra el cólera. Todos hemos visto las máscaras aterradoras que llevan algunos venecianos durante el carnaval. Una de ellas representa la cabeza de un pájaro negro con un pico corvo blanco. Este disfraz proviene de la vestimenta que llevaban los médicos durante la peste. Iban completamente tapados y en la cabeza llevaban un sombrero con el pico del pájaro para no acercarse demasiado a los enfermos. Y lo que resulta curioso es que se

empapaban en vinagre porque se creía que este impedía el contagio. En el grabado de madera japonés que hemos mencionado, a la bestia que representa el cólera, lo rocían con vinagre de ciruela por la misma razón que los europeos utilizaban el vinagre contra la peste.

También la epidemia nos muestra la cara más macabra del miedo a la muerte como es la utilización del humor en el arte y en la literatura. En Europa tenemos muestras de esqueletos que danzan alrededor de las tumbas, como “La danza macabra” de Michael Wolgemut, 1493 para ahuyentar el miedo con el humor. En Japón también encontramos unas tablillas de la época Edo que muestran a unos amantes utilizando dobles sentidos e indirectas humorísticas ante el avance de la epidemia del sarampión.

En conclusión, las epidemias han servido a lo largo de todos los tiempos para reflexionar sobre la condición humana, su fragilidad y su fortaleza, su conocimiento científico y su impotencia, los estragos de la enfermedad en el momento de padecerla y sus efectos una vez pasada. Las enfermedades contagiosas tienen tanta fuerza en nuestras vidas, que además de las reales, la literatura de ciencia ficción inventa otras y se utilizan como excusa para hablar de las relaciones y reacciones humanas ante una tragedia imparables. En pleno siglo XXI nos encontramos en medio de la gran pandemia mundial, COVID-19, y aunque ahora no culpamos a los dioses y sus castigos divinos y tenemos un mayor conocimiento de la enfermedad y cómo prevenirla con la vacuna, no dejamos de comportarnos con la misma ceguera con la que José Saramago nos describe una epidemia inventada en *Ensayo sobre la ceguera* (1955). Primero intentamos negar la realidad, somos ciegos a lo que nos acontece porque no tenemos poder para controlarlo, luego nos asustamos y nos aislamos, después nos hartamos y nos comportamos como locos ignorando el peligro, y de nuevo nos frustramos y nos encerramos en nosotros mismos viviendo como hombres sin alma, principio de vida. Pero como dice Artaud (1938, 16), el teatro como la peste, resuelve conflictos, libera fuerzas, y muestra posibilidades, pero si estas fuerzas y posibilidades son oscuras y negativas, no es culpa de la peste ni del teatro, sino de la propia vida. De esta forma, el teatro y la pandemia son la revelación de un trasfondo de crueldad latente en el hombre, pero no son la causa.

VII. Referencias

Fuentes primarias:

Antoine A., (2021, 6 de enero) *Le Théâtre et son double*,
https://fr.wikisource.org/wiki/Le_th%C3%A9%C3%A2tre_et_son_double/Texte_entier.

Boccaccio G., (1350). *Il Decameron*, Ed. Aldo Francesco Massèra, Bari Gius, Laterza&Figli, 1927.

Burnett F. H., (2021, 16 de febrero) *The Secret Garden*,
https://en.wikisource.org/wiki/The_Secret_Garden/.

Camus A., (2020) *La Peste*, Folio.

Chateaubriand François-René de, (2021, 16 de febrero) Mémoires d'outre-tombe, https://fr.wikisource.org/wiki/Page:Chateaubriand_-_M%C3%A9moires_d%E2%80%99outre-tombe_t5.djvu/494.

Defoe D., (2014), *A Journal of the Plague Year*, Penguin Classics.

Grégoire de Tours, (2021, 15 de enero) *Histoires*, [https://fr.wikisource.org/wiki/Histoires\(Gr%C3%A9goire_de_Tours\)/10](https://fr.wikisource.org/wiki/Histoires(Gr%C3%A9goire_de_Tours)/10).

Heine H., (1893), *The Works Heinrich Heine*, translated from the German, Charles Godfrey Leland, William Heinemann.

Wergeland, H., (1920). 'Den indiske Cholera'. Samlede Skrifter. Trykt og trykt II, Digterverker, 3. Bd., 1832-1837. Ed. Herman Jæger and Didrik Arup Seip. Kristiania: Steenke Forlag, 81-159.

Hesse H., (1977). *Demian: Die Geschichte von Emil Sinclairs Jugend*, Suhrkamp.

Jacobsen J.P. (1882). *Mogens and other stories*, translated from Danish by Anna Grabow. http://www.gutenberg.org/files/6765/6765-h/6765-h.htm#2H_4_0003.

Machiavelli N., (1820). *Opere volume Quinto*, Firenze, Library of the University of Michigan.

Manzoni A., (1827). *I promessi sposi*, Firenze, per Vincenzo Batelli e Comp.

Pepys S., (2010). *The Diary of Samuel Pepys*, Everyman's Library.

Petrarca F., (1957). *Epistolae Metricae of Petrarch*, Ed. Ernest Hatch Wilkins, Special Editions.

Procopius (1961). *Secret History*, trad. Richard Atwater, (Chicago: P. Covici, 1927; New York: Covici Friede, 1927), reprinted, University of Michigan Press.

Pushkin Aleksandr, (2021 16 de enero). *Feast During the Plague*, <http://www.oocities.org/~dreznin/Plague/text.html>.

Saramago J., (1955). *Ensayo sobre la ceguera*, Alfaguara.

Schwob M., (2015). *Le roi au masque d'or*, Édition Ligarán.

Sophocles E.A., (2005). *Oedipus the King (Oedipus Rex)*, Translated by J.E Thomas, Prestwick House, Literary Touchstone Press.

Thucydides, (1974). *History of the Peloponnesian War*, Translated by Ted Warner, Penguin Books.

Villani Giovanni (2021, 16 de enero) https://it.wikisource.org/wiki/Nuova_Cronica.

Fuentes secundarias:

Biblioteca de Kyoto, (2021, 25 de julio) (<https://rmda.kulib.kyoto-u.ac.jp/item/rb00000122?fbclid>).

- Biraben J. N., (1975). *Les hommes et la peste en France et dans les pays européens et méditerranéens*, Mouton.
- DelumeauJean, (2012). *El miedo en Occidente*, Taurus.
- Jannetta, A. B., (1987). *Epidemics and Mortality in Early Modern Japan*. Princeton University Press.
- León Vegas, M., (2009-2010). Arte y peste: Desde el medievo al ochocientos, de la mitología a la realidad local, *Boletín de Arte*, n.º 30-31, Departamento de Historia del Arte, Universidad de Málaga.
- Ministerio de Salud, Japón, (2021, 25 de julio), (<https://www.mhlw.go.jp/content/10900000/000620717.jpg>).
- Moretti, L., (2021, 25 de julio), <https://wakancambridge.com/project-2020/>.
- Nomikos V.C., (2012), *Voices of Early Modern Japan: Contemporary Accounts of Daily Life During the Age of the Shoguns*, ABC-CLIO.
- Ranger T.& P. A. Slack, (1992). *Epidemics and Ideas*, Cambridge University Press.
- Snowden F. M., (2019). *Epidemics and Society*, Yale University Press.
- Sontag S., (2003). *La enfermedad y sus metáforas*, Taurus.
- Suzuki, A. (2011). Smallpox and the Epidemiological Heritage of Modern Japan: Towards a Total History. *Cambridge Journals, Medical History*, Jul; 55(3): 313–318. doi: 10.1017/s0025727300005329.
- Yukinori, H., (2020). <https://www.nippon.com/en/japan-topics/g00854/>.